

LA SITUACIÓN SANITARIA DURANTE LA ÉPOCA DE ENTREGUERRAS

Manuel GRACIA RIVAS
Coronel Médico (Res.)

De Trafalgar al comienzo de la Guerra de la Independencia es un período excesivamente corto para analizar los cambios experimentados por cualquier institución, y de manera especial por la que, en esos momentos, ejercía un papel determinante dentro de la asistencia sanitaria en la Armada: El Real Colegio de Cirugía de Cádiz.

Sin embargo, durante esos años de transición entre los siglos XVIII y XIX, ocurrieron una serie de hechos significativos que incidieron, de manera decisiva, en el rápido declinar de una institución modélica, aunque mitificada en exceso por quienes se han percatado de la influencia decisiva que tuvo en la evolución de las ciencias médicas en España, eludiendo un análisis más profundo del impacto que tuvo en la mejora de las condiciones sanitarias de las dotaciones de nuestros buques que fue, en definitiva, la razón básica que motivó su creación.

Debemos partir, en primer lugar, de la realidad incuestionable de que con el Real Colegio de Cirugía de la Armada no da comienzo la historia de la Sanidad Naval, sino que representa la instauración de un nuevo modelo asistencial con el que, en teoría, se intentaba corregir algunas deficiencias observadas hasta ese momento.

En la actualidad conocemos, con bastante precisión, el funcionamiento de la Sanidad Naval durante el siglo XVI, así como las dificultades encontradas para reclutar profesionales cualificados a lo largo del siglo XVII, una etapa en la que las órdenes hospitalarias tuvieron un protagonismo especial.

Cuando se produce el cambio de dinastía, a comienzos del siglo XVII, ni la Armada ni la Sanidad Naval se encuentran en su mejor momento, y no deja de ser significativo que una de las primeras preocupaciones del nuevo monarca fuera mejorar la calidad de los profesionales sanitarios que ejercían a bordo de los buques, reemplazando a los barberos por cirujanos titulados.

Lógicamente, estos propósitos se vieron obstaculizados por el desarrollo de la guerra y por la imposibilidad de encontrar «cirujanos examinados y de inteligencia» que quisieran embarcar.

De ahí, las facilidades encontradas por Jean Lacombe, un cirujano francés llegado a nuestro país por esos años, que en 1718 fue nombrado Cirujano Mayor de la Armada, para iniciar una reforma decisiva que conduciría, en 1728, a la creación del Cuerpo de Cirujanos de la Armada y, posteriormente, bajo el impulso de su sucesor Pedro Virgili, a la fundación del Real Colegio de Cirugía de Cádiz, en 1748.

En otras ocasiones (1) me he ocupado del alcance de estas reformas y de los interrogantes planteados en torno a las mismas, que siguen a la espera de una respuesta convincente, pese a los meritorios trabajos publicados sobre el colegio gaditano (2).

Que el propósito inicial fue formar personal cualificado para la atención sanitaria de las dotaciones de aquella Armada que iba a incrementar, de forma espectacular, el número de sus unidades, es algo comúnmente aceptado.

De igual forma es evidente el cambio experimentado en la forma de entender la formación sanitaria en el seno de aquella institución modélica, en la que se conjugaron los dos saberes de Cirugía y Medicina, y en donde se introdujeron, por vez primera, las nuevas disciplinas experimentales y los aires de renovación científica surgidos en las universidades europeas, en las que completaron su preparación los alumnos más destacados del colegio de Cádiz.

Pero, como otras muchas iniciativas puestas en marcha durante aquellos años de ilusión, el Real Colegio de Cirugía tuvo mucho de espejismo, de fugaz luminaria que, al cabo de tantos años, sigue subyugándonos con el reflejo de unas luces prematuramente extinguidas.

Si analizamos detenidamente la trayectoria de esta institución docente podemos comprobar que sus años de mayor esplendor transcurrieron desde el inicio de sus actividades hasta que, en 1758, Virgili fue nombrado Cirujano de Cámara y trasladó su residencia a Madrid.

(1) La más reciente en «La Cirugía naval en el siglo XVIII». *Ciclo de Conferencias «Trafalgar»*. Real Asambléa Española de Capitanes de Yate. Delegación de Cantabria. Santander, 2005. Pp. 135-152.

(2) Destacan entre ellos dos obras clásicas:

– FERRER, Diego. *Historia del Real Colegio de Cirugía de Cádiz*. Universidad de Cádiz. Cádiz, 1983.

– CLAVIJO Y CLAVIJO, Salvador. *Historia del Cuerpo de Sanidad de la Armada (Génesis; perspectiva de siglos; ruta de libertad; sus celebridades)*. San Fernando, 1925.

Apenas 10 años en los que el fundador puso a prueba todo su tesón y entusiasmo para crear un centro completamente innovador que, en teoría, estaba concebido al servicio de la Armada, pero que entró en crisis desde el mismo instante en el que Virgili se apartó de él.

A mí me ha sorprendido siempre el comportamiento del fundador, un hombre que procedía del Ejército y que, tras su marcha del Colegio de Cádiz, consagró sus ilusiones a otros proyectos que entraron en colisión con los intereses de aquella institución.

Porque, cuando en 1760, recibió la preceptiva autorización para crear un nuevo Colegio de Cirugía en Barcelona, concentró sus esfuerzos en este nuevo proyecto que tenía como objetivo formar cirujanos para el Ejército. Para ello no vaciló en recabar la ayuda de los mejores profesores de Cádiz, y al nuevo centro se incorporaron también los más brillantes alumnos del colegio gaditano que, indudablemente, se resintió con estas pérdidas.

Responsables del Real Colegio de Cirugía de la Armada

	<u>Director</u>	<u>Vice-Director</u>
Pedro Virgili	1749-1776	
Francisco Nueve Iglesias		1758-1768
Francisco Canivell		1769-1778
Manuel Oromí	1776-1790 (?)	
Francisco Canivell		1780-1790
Vicente Lube	1790-1792	
José Selvarresa	1792-1796	
Domingo Vidal		1796-1800
José Sabater		1800-1802
José Sabater	1802-1805	
Carlos Francisco Ameller	1805-1813	

Entre 1796 y 1802 existió el cargo de Director Nato de todos los Reales Colegios de Cirugía que fue ocupado por Rafael Tundidor Flores (1796-1797) y Francisco Buller (1797-1802)

Pero, además, otros factores contribuyeron a acentuar los problemas del Real Colegio de Cirujanos de la Armada. Virgili siguió conservando la direc-

ción teórica del Colegio de Cádiz. Por eso, cuando su más cercano colaborador, Francisco Nueve Iglesias, le sustituyó en el cargo de Cirujano Mayor de la Armada, únicamente pudo ser nombrado Sub-Director del Colegio.

El parcial desmantelamiento del mismo se vio favorecido por el hecho de que Nueve Iglesias era un hombre de cierta edad y enfermo, que no pudo ejercer el mando real y, de hecho, durante sus últimos años, quien asumió todas las responsabilidades fue José Nájera que, tras su muerte acaecida en 1768, aspiró a sucederle.

Sin embargo, el elegido fue Francisco Canivell, uno de los grandes cirujanos formados en el Colegio de Cádiz y autor de obras de importancia, con quien el centro alcanzó sus últimos momentos de esplendor, a pesar de los enfrentamientos que había provocado el retiro voluntario de José Nájera, al ver coartadas sus aspiraciones.

Tensiones de este tipo fueron constantes a lo largo de toda la historia del Colegio. Unas surgidas en su propio seno y otras fruto de las inge-rencias extrañas. Especial incidencia tuvo el nombramiento como Director, tras la muerte de Virgili, de Manuel Oromí, un antiguo colegial que había sido expulsado por indisciplina; o el de Domingo Vidal que nada tenía que ver con la Armada, por ser un hombre del Colegio de Barcelona.

Pero fueron las relaciones entre los tres Colegios y los intentos de regulación común para todos ellos lo que más perjudicó al de la Armada, víctima, asimismo, de los enfrentamientos entre los partidarios de la unificación de la enseñanza de Medicina con la Cirugía y quienes se oponían a ella.

Los Estatutos fundacionales del Real Colegio de Cádiz fueron sancionados por Fernando VI el 11 de noviembre de 1748. En ellos se señalaba que su cometido fundamental era enseñar la Cirugía a quienes fueran a servir en los hospitales de Marina o en los bajeles de guerra y marchantes.

Estos Estatutos regularon la vida del Centro en sus primeros años de funcionamiento en los que, sorprendentemente, la formación quirúrgica de sus alumnos fue complementada con la enseñanza de la Medicina, incluso con especialidades tan ajenas a las necesidades de los buques como era la Obstetricia, y con sólidos conocimientos de Botánica, de Química y de otras ciencias experimentales.

Es lógico, por lo tanto, que este programa docente suscitara los recelos de quienes se habían formado específicamente como médicos en las dis-

tintas universidades, y ejercían su profesión en la Armada, de la que serían desplazados, poco a poco, por los nuevos alumnos del Colegio de Cádiz.

Todos esto fue obra de Virgili que, en aquellos años, defendió la singularidad de *su* colegio y la necesidad de adaptar la formación de sus escolares a las exigencias del medio en el que iban a desarrollar su actividad: Los buques de la Armada, a bordo de los cuales tendrían que hacer frente tanto a las heridas producidas en combate como a los procesos morbosos que se presentasen durante las largas navegaciones.

Por eso sorprende que, tras la creación del Colegio de Barcelona, en 1764, el propio Virgili impusiera a Cádiz los Estatutos elaborados para el nuevo centro (3). Indudablemente, en su articulado se introducían las mejoras dictadas por la experiencia y se establecían normas que tuvieron una cierta repercusión, como la obligación de abrir cada curso académico con una conferencia a cargo de profesores del Colegio, que posteriormente se mandaban imprimir.

En los últimos años, he localizado en diferentes bibliotecas muchas de estas lecciones inaugurales que habían pasado desapercibidas y que constituyen una interesante aportación a ese capítulo de la producción bibliográfica de los Colegios de Cirugía que está pendiente de escribir.

Sin embargo, esta sumisión del Colegio de Cádiz a unos estatutos foráneos no fue bien acogida. Entre otras razones, porque el afán unificador ponía serias cortapisas a la singularidad de la Sanidad Naval que, con tanto entusiasmo, habían venido defendiendo. Por eso, Francisco Canivell desde que asumió el cargo de Cirujano Mayor y la Sub-Dirección del Colegio puso especial empeño en lograr unos Estatutos propios.

Tardaron casi veinte años pero, en 1791, consiguieron la aprobación de unas Ordenanzas específicas para el Colegio de Cádiz al que, por primera vez, se denominaba de *Medicina y Cirugía* (4).

(3) *Estatutos y Ordenanza Generales que S.M. manda observar a los Colegios y comunidades de cirujanos establecidos en Barcelona, Cádiz, y en todo el Principado de Cataluña, para la enseñanza de la Cirugía, Examen de los profesores y su gobierno económico.* [s.l., s.n., 1764]

(4) *Estatutos y Ordenanzas Generales que S.M. manda observar en el Colegio de Medicina y Cirugía establecido en la ciudad de Cádiz, y por el Cuerpo de Profesores de la Real Armada, para gobierno del mismo colegio, asistencia del Hospital, y servicio de los buques de guerra.* Oficina de D. Benito Cano. Madrid, 1791.

Aparentemente, se había alcanzado el sueño por el que durante tanto tiempo se había luchado pero, sin embargo, se trataba de un nuevo espejismo. Tan sólo cuatro años después, la Real Junta Superior Gubernativa de los Reales Colegios de Cirugía anulaba, de manera fulminante, estos Estatutos e imponía los que acababan de ser aprobados para Barcelona, en los que ya no existía la más mínima referencia a la Armada (5). Y para que este proceso unificador se llevase a la práctica se puso al frente del Colegio de Cádiz a Domingo Vidal, un hombre que, como he señalado, era ajeno a la Armada y desconocía por completo sus problemas y sus necesidades.

Es curioso que el inspirador de estas normas fuera un antiguo colegial de Cádiz, el gran cirujano Antonio Gimbernat, uno de los que acompañaron a Virgili en la fundación del Colegio de Barcelona y, posteriormente, fue el responsable de la creación en Madrid del Real Colegio de San Carlos. Por motivos que ignoramos nunca dejó de zaherir a sus antiguos compañeros y lo hizo, en ocasiones, de forma muy poco elegante, como cuando acompañó a los Reyes en el viaje que efectuaron a Cádiz en 1796, visitando el Colegio, mientras Gimbernat ilustraba el recorrido con constantes ataques y comentarios negativos.

Es indudable que, como he dicho, el colegio gaditano distaba mucho de ser el centro que habían soñado sus fundadores, pero sus constantes cambios de estatutos y las intromisiones en su funcionamiento poco beneficiaron al normal desarrollo de su actividad docente.

A pesar de todo, aquel intento surgido en su seno de compatibilizar la enseñanza de Medicina y Cirugía, bruscamente truncado, estaba llamado a fructificar. En 1800 fueron suprimidas las enseñanzas de Medicina en todas las universidades del reino y, poco después, las competencias en esta materia fueron asumidas por los colegios creados a imagen de Cádiz.

Pero la Armada en nada se benefició de estos cambios de planteamiento ya que, tras un lento declinar paralelo al de toda la corporación, aquel Real Colegio de Cirugía de la Armada dejó de depender de ella, para convertirse en el germen de una institución que subsiste: La Facultad de Medicina y Cirugía de Cádiz.

(5) *Ordenanza de S.M. que deben observarse por el Real Colegio de Cirugía de Barcelona, Cuerpo de Cirugía Militar, colegios subalternos y cirujanos del Principado de Cataluña*. Imprenta Real. Madrid, 1795.

La epidemia de fiebre amarilla de 1800

Al relatar la evolución de la Sanidad de la Armada en esta etapa histórica no podemos dejar de recordar una de las mayores catástrofes que se abatieron sobre Andalucía en aquellos momentos: La epidemia de fiebre amarilla que comenzó en 1800.

Esta enfermedad, denominada popularmente *vómito negro*, era bien conocida por las dotaciones de nuestros buques que la habían padecido, desde hace años, en sus viajes al otro lado del Atlántico, y que causaba pavor por la rapidez de su propagación y por su letalidad.

Sin embargo, nunca se habían dado casos en la península hasta que, a finales de julio de 1800, aparecieron los primeros en el barrio de Santa María de Cádiz. Evidentemente, se trataba de un proceso importado, y se culpó a la corbeta *Delfín* que había llegado de La Habana con algunos enfermos a bordo, aunque entonces se desconocía el agente causal de la enfermedad y el papel desempeñado en su transmisión por el *Aedes aegypti*.

Las condiciones climatológicas de aquellos meses hicieron posible la reproducción del mosquito y el avance de la enfermedad que, en la ciudad de Cádiz, afectó a cerca de 50.000 personas, ocasionando más de 7.000 fallecimientos. En Sevilla fueron más de 75.000 los contagiados entre los que se produjeron cerca de 15.000 defunciones.

Estas cifras dan idea de la magnitud de la tragedia que, en los años siguientes, se propagó por otros lugares de Andalucía, para llegar a Cartagena en 1811, con focos en diferentes ciudades del litoral a lo largo de toda la primera mitad del siglo XIX.

La gravedad de la crisis desbordó la capacidad de respuesta sanitaria. Ante la falta de profesionales que pudieran atender a los enfermos se recurrió a los alumnos del Real Colegio, 24 de los cuales sucumbieron víctimas del contagio (6) que padecieron otros 70 colegiales. También murieron el propio Vice-Director del Colegio D. Domingo Vidal y el catedrático de Botánica D. Domingo Arjona, junto con otros cuatro miembros del Cuerpo. En total fueron 29 los fallecidos como consecuencia de la enfermedad entre el personal

(6) FERRER, Diego. *Op. cit.* Pág. 172, transcribe un documento que cifra en 26 el número de colegiales fallecidos. Sin embargo, CLAVIJO, Salvador. *Op. cit.* Pág. 227, afirma que fueron 29 y detalla los nombres de los mismos.

sanitario de la Armada, lo que tuvo las lógicas consecuencias en la provisión de destinos durante los años siguientes.

La epidemia afectó también a todos los Cuerpos de la Armada. Hace muy poco, un reflejo de sus consecuencias lo encontraba en la Hoja de Servicios de un oficial de Cuerpo General, el T.N. D. Manuel Baquedano Eraso (7). Nacido en Valtierra (Navarra), sentó plaza en la Real Compañía de Guardiasmarinas de Ferrol en 1778 y, a partir de ese momento, se fueron sucediendo las vicisitudes propias de un oficial de la Armada, con destinos a bordo de diferentes unidades. Durante su participación en la expedición a Tolón conoció a una joven francesa con la que llegó a contraer matrimonio y tuvo una hija, estableciendo su residencia en Cádiz. Con el deseo de atender a su familia, solicitó destino en Infantería de Marina y se encontraba en Ferrol, a la espera de retornar a Cádiz, cuando la epidemia hizo su aparición.

Poco después, el T.N. Baquedano tuvo noticia de la fulminante muerte de su esposa, de su suegra y de todos los allegados y personal de servicio que residían en su casa, en la que, únicamente, sobrevivió la niña (8).

Junto a estas trágicas repercusiones, el estudio de la epidemia dio lugar a una serie de trabajos científicos que fueron publicados por destacados profesionales sanitarios de la Armada. Entre ellos podemos señalar el de Carlos Francisco Ameller (9) que fue nombrado Director del Real Colegio en 1805, poco antes de Trafalgar; el de Pedro María González (10), uno de los médicos que participaron en la expedición de Malaspina y que ha pasado a la

(7) Expediente personal del T.N. D. Manuel Baquedano Eraso. Archivo Museo «Don Álvaro de Bazán». Leg. 620 (112).

(8) De su biografía me he ocupado en el *Diccionario Biográfico de personas relacionadas con los 24 municipios del antiguo Partido Judicial de Borja* (Borja, 2005), porque el T.N. Baquedano volvió a casarse, más tarde, con una joven borjana y esta circunstancia influyó para que se hermano, el Coronel de Infantería de Marina D. Tomás de Baquedano, solicitara el cargo de Corregidor de esa ciudad, donde fue salvajemente asesinado por las turbas, al comienzo de la Guerra de la Independencia, cuando intentaba serenar los exaltados ánimos de quienes pretendían enfrentarse con medios de fortuna a los ejércitos napoleónicos.

(9) AMELLER, Carlos Francisco. *Descripción de la enfermedad epidémica que tuvo principio en la ciudad de Cádiz, su origen y propagación, los diferentes síntomas y efectos del mal y métodos adoptados para su curación...* Cádiz [s.n.], 1800.

(10) GONZÁLEZ, Pedro María. *Disertación sobre la calentura maligna contagiosa que reynó en Cádiz el año 1800: medios más adecuados para preservarse de ella, y otras enfermedades contagiosas y pestilenciales.* [Cádiz], [s.n., s.a.] (por Manuel Ximénez Carreño)

Historia como autor de la obra más importante del momento sobre Higiene y Sanidad Naval (11).

Pero el mayor número de trabajos corrió a cargo de Juan Manuel de Aréjula, profesor de Química del Real Colegio y al que posteriormente haré referencia. Aréjula se ocupó de la epidemia en varias localidades andaluzas y abordó la polémica en torno a la utilidad de las técnicas fumigatorias (12).

Su prestigio como químico y la preocupación que la propagación de la epidemia suscitaba en Europa hicieron posible que sus trabajos fueran traducidos al francés, alemán, italiano y latín, en París, Viena y Berlín. Por otra parte, en España han sido reeditadas todas sus obras por el Ministerio de Sanidad en la obra de Juan L. Carrillo a la que acabo de hacer referencia.

Los cirujanos de Trafalgar

Con motivo de las recientes conmemoraciones de la jornada de Trafalgar, he vuelto a recordar la presencia de los cirujanos de la Armada a bordo de los buques de la escuadra combinada y el tributo de sangre que pagaron en el transcurso de la batalla.

Sorprendentemente, en las dos ocasiones en las que he hecho referencia a estos hombres (13), a partir de los datos dados a conocer por Clavijo, he cometido errores de transcripción que querría subsanar ahora, aunque advirtiendo que la relación sigue siendo incompleta porque en el trabajo de Clavijo (14) no se incluían a los embarcados en el *Algeciras* y en el *Montañés*, ni todos los que iban a bordo del *San Justo*.

(11) GONZÁLEZ, Pedro María. *Tratado de las enfermedades de la gente de mar en que se exponen sus causas, y los medios de precaverlas*. Madrid: En la Imprenta Real, 1805.

(12) Es imposible reseñar en este breve texto todas las obras de Aréjula que aparecen detalladas en CARRILLO, Juan L. *Juan Manuel de Aréjula (1755-1830). Estudio sobre la fiebre amarilla*. Colección de Textos Clásicos de la Salud Pública, nº 8. Ministerio de Sanidad y Consumo. Secretaría General Técnica. Madrid, 1986. Entre ellas figuran desde la *Memoria sobre el modo y ocasiones de emplear los varios gases para descontagiar los sitios epidemiados*, publicada por el Ayuntamiento de Sevilla en 1800, hasta la *Breve descripción de la fiebre amarilla padecida en Cádiz y pueblos comarcanos en 1800, Medina Sidonia en 1801, en Málaga en 1803, y en esta misma plaza y varias otras del Reyno en 1804*, que fue publicada en la Imprenta Real de Madrid en 1806.

(13) La primera fue en la obra *La Sanidad Naval Española. Historia y evolución*. E.N. Bazán. Madrid, 1995. La segunda en «La Cirugía naval en el siglo XVIII». *Ciclo de Conferencias «Trafalgar»*. Real Asamblea Española de Capitanes de Yate. Delegación de Cantabria. Santander, 2005, a la que ya me he referido.

(14) CLAVIJO Y CLAVIJO, Salvador. *Op. cit.* Pp. 238-239.

Cirujanos que participaron en el combate de Trafalgar

<i>Argonauta</i>	Antonio X. Perujo	Cirujano 1°
	Ignacio Piquero	Cirujano 1°
	Manuel García	Cirujano 2°
	Francisco de Paula Montero	Cirujano 2° (Particular)
<i>Bahama</i>	Jorge León	Cirujano 1°
	José María Bueno	Cirujano 2°
<i>Francisco de Asís Monarca</i>	Agustín García	Cirujano 2°
	Ignacio Domingo	Cirujano 1° (Habilitado)
	Veremundo Lío García	Cirujano 2°
	Segundo Suárez	Cirujano 2°
<i>Neptuno</i>	Sebastián Pérez	Cirujano 1° (Habilitado)
	Juan Andreu	Cirujano 1° (Habilitado)
	José Mata	Cirujano 2°
	José Francisco Sierra	Cirujano 2° (Particular)
<i>Príncipe de Asturias</i>	Fermín Nadal	Superior Facultativo
	Santiago Pablo Borrás	Cirujano 2° (Particular)
<i>Rayo</i>	Francisco Sánchez	Cirujano 1°
	Bernardo José Grajales	Cirujano 2°
	Mateo José Quetglás	Cirujano 2° (Particular)
	Nicolás Sánchez	Cirujano 2° (Particular)
<i>San Agustín</i>	Sebastián Suárez	Cirujano 1° (Habilitado)
	José González Barros	Cirujano 2°
	Francisco de Castro	Cirujano 2°
	Antonio de Cauxo	Cirujano 2° (Particular)
<i>San Ildefonso</i>	Mateo Sñigo	Cirujano 1°
	Francisco León Bolani	Cirujano 1° (Habilitado)
	Manuel Miranda	Cirujano 2°
	José Aguilera	Cirujano 2°
<i>San Juan Nepomuceno</i>	Juan Bautista de la Cruz	Cirujano 1° (Habilitado)
	Agustín Yáñez	Cirujano 2°
	Francisco de Paula Díaz	Cirujano 2°
<i>San Justo</i>	Ramón Francisco Aguilar	Cirujano 2°
<i>San Leandro</i>	Pedro León de Velasco	Cirujano 1°

<i>Santa Ana</i>	Nicolás Farto	Ayte. Embarco (Habilitado)
<i>Santísima Trinidad</i>	Juan Guerrero	Ayte. Embarco (Habilitado)
	Francisco María Zafra	Cirujano 1º
	José Pardo	Cirujano 2º
	Manuel García Lobo	Cirujano 2º
	Francisco Martí	Cirujano 2º

Es significativo el hecho de que, para completar el número de los 40 cirujanos estudiados, fuera preciso recurrir a 7 civiles, habilitados para la ocasión, lo que pone de manifiesto la escasez de personal como consecuencia de las bajas ocasionadas por la epidemia de fiebre amarilla.

Del mismo modo, de los 33 miembros del Cuerpo que participaron en el combate, a las órdenes de Fermín Nadal, 23 eran cirujanos segundos y tan sólo 9 tenían el empleo de cirujanos primeros. De éstos últimos, dos fueron habilitados como Ayudantes de Embarco, mientras que 5 Cirujanos Segundos fueron habilitados para el empleo superior.

Entre los fallecidos en el combate figuraban el cirujano 2º Manuel Miranda de la dotación del *San Ildefonso* y el cirujano civil Mateo Quetglás que iba embarcado en el *Rayo*. Otros fueron heridos y todos ellos tuvieron que hacer frente a la situación provocada por las numerosas bajas que se produjeron en el transcurso del enfrentamiento con la dificultad añadida de no poder evacuarlas debido al fuerte temporal que se desencadenó inmediatamente después de la batalla.

Arriesgando su vida en una frágil embarcación, el cirujano mayor de la Armada y director del Real Colegio D. Carlos Francisco Ameller pudo abordar el *Príncipe de Asturias* para conocer personalmente las terribles circunstancias que se estaban viviendo y colaborar en la atención a los heridos, entre los que se encontraba su amigo personal, el almirante Gravina.

Gravina había sufrido, como consecuencia del impacto de un proyectil, una herida a la altura de la articulación del codo izquierdo que le provocó una fractura conminuta con desprendimiento del cóndilo externo del húmero y, probablemente, de la apófisis coronoides del cúbito. Nadal le practicó la primera cura y le retiró algunos fragmentos desprendidos, dándole cuenta de la gravedad de la lesión, no porque representara un compromiso vital, sino por las secuelas que iban a quedar tras una evolución que se presuponía larga.

La evacuación del almirante no pudo realizarse hasta el 27 de octubre, seis días después del combate y, desde ese momento, se planteó la posibilidad de llevar a cabo la amputación del miembro afectado ante la posibilidad de que surgieran complicaciones. La más frecuente era la aparición de la gangrena que, en este caso, no se produjo. Por eso, evitaron adoptar una solución drástica, confiando en una paulatina recuperación. Sin embargo, el proceso derivó hacia una osteomielitis que terminó ocasionando la muerte por una sepsis generalizada, cinco meses después. A la vista del fatal desenlace, la atención recibida no puede ser calificada como acertada y, aunque las circunstancias nunca son iguales, llama poderosamente la atención que un siglo antes Blas de Lezo pudiera combatir heroicamente en Cartagena de Indias tras haber perdido, en sucesivos enfrentamientos, una pierna, un ojo y un brazo.

Desde que se tuvo conocimiento de lo ocurrido en Trafalgar, se arbitraron en Cádiz los medios necesarios para atender a la enorme cantidad de heridos que iban llegando a la ciudad.

En el Hospital Real de la Armada, Ameller dispuso el establecimiento de una guardia permanente a cargo de los catedráticos del Real Colegio, auxiliados por todo el personal disponible, para que pudieran prestar la asistencia debida tanto a las víctimas de la escuadra combinada como a los ingleses capturados.

Entre el marqués de la Romana y el almirante Collingwood hubo un intercambio de comunicaciones para tratar de dar solución al problema de los heridos. Dentro de un clima de gran cortesía, el responsable de la escuadra británica, tras la muerte de lord Nelson, reconoció las atenciones que habían recibido en Cádiz los oficiales y marineros prisioneros, «tratados con la mayor bondad» por parte de la «población entera que acudía a recogerlos» (15).

A comienzos de diciembre de 1805, Ameller, como cirujano mayor de la Armada y responsable del Real Colegio, envió una representación al Rey señalando el esfuerzo de aquellos días por parte de todos los miembros del *Cuerpo de Profesores de la Armada* y recomendando *alguna distinción honrosa* para los Catedráticos, y la *igualdad en el goce de las distinciones que disfrutaban los demás Cuerpos de la Armada* para los cirujanos, para los que pedía la misma consideración que la recibida por los profesores del Ejército. Se daba la circunstancia de que, cuando éstos embar-

(15) FERRER, Diego. *Op. cit.* Pág. 194.

caban, disfrutaban del goce de la *gratificación personal o de mesa que disfrutaban los profesores de la Armada*, pero sin distinción alguna. Curiosamente de ellas estaban excluidos los cirujanos segundos de la Armada, dándose la paradoja que, mientras los beneficios alcanzaban incluso a los cirujanos romancistas del Ejército, quedaban al margen de ellos los jóvenes cirujanos de la Armada que, por otra parte, habían tenido que probar su limpieza de sangre, como era preceptivo para poder ingresar en el Real Colegio de Cádiz (16).

Lo único que pudo lograrse es la concesión de una de las cátedras vacantes a Fermín Nadal, y a Nicolás Farto el grado de Ayudante de Embarco para el que había sido habilitado en Trafalgar, *en atención al esmero e inteligencia* con que había asistido al teniente general Álava de las heridas sufridas en combate. El resto de cirujanos que participaron en el combate fueron recompensados con la posibilidad de que pudieran revalidarse en Medicina, sin abonar los derechos exigidos. Mejor suerte tuvieron los siete cirujanos civiles embarcados a los que se reconoció una pensión vitalicia de diez escudos al mes, y el derecho a usar el uniforme de particulares aunque con la obligación de *acudir al servicio cuando se les llame* (17).

Los años previos a la Guerra de la Independencia

El período comprendido entre 1805 y 1808 fue testigo de nuevos problemas en una institución que se precipitaba de forma inexorable hacia su decadencia, a pesar de los esfuerzos de Ameller por mantener el antiguo prestigio.

El enfrentamiento entre los miembros del claustro de profesores llegó a límites inexplicables, hasta convertirse en una abierta rebelión contra el Director, por parte de varios catedráticos, obligando a intervenir a las autoridades de la Armada.

El protagonista de esta situación fue el catedrático D. Juan Manuel de Aréjula, al que he hecho referencia anteriormente.

(16) *Segundo Libro de Actas y Deliberaciones del Real Colegio (1806-1824)*. Archivo de la Facultad de Medicina de Cádiz. R. 8352. Pp. 2-7.

(17) *Segundo Libro de Actas y Deliberaciones del Real Colegio (1806-1824)*. Archivo de la Facultad de Medicina de Cádiz. R. 8352. Pp. 2.

Nacido en Lucena, en 1755, había ingresado en el Real Colegio de Cádiz a los 17 años, graduándose con notas aceptables cuatro años después. Tras desempeñar varios destinos a bordo, en 1784 fue enviado a París para estudiar Química bajo la tutela de una de las grandes personalidades científicas de la época: Antoine François de Fourcroy, con quien se adentró en el conocimiento de la nueva Química que impulsaba Lavoisier, cuyas revolucionarias ideas aceptó plenamente, publicando unas *Reflexiones sobre la nueva nomenclatura química*, dirigidas a los químicos españoles, en las que incluía algunas observaciones propias. El trabajo tuvo una amplia repercusión y llegó a ser traducido al francés, lo que demuestra el prestigio que alcanzó. En la Corte llegó a barajarse la posibilidad de destinarlo al Laboratorio de Estado que existía en Madrid, aunque las presiones de Valdés fueron determinantes para que se reintegrara al Colegio de Cádiz como catedrático de Química o Química.

Desde el primer instante gozó de una situación especial, al poder dedicarse por entero a sus trabajos científicos, sin tener que llevar a cabo la labor asistencial que era inherente a su puesto de catedrático. A pesar de ello, su inquietud intelectual le llevó a trabajar intensamente en el estudio de la epidemia de fiebre amarilla como hemos visto anteriormente.

Aréjula siempre fue un inconformista que radicalizó su pensamiento hasta manifestarse, años después, como un destacado constitucionalista y persona vinculada a las logias masónicas gaditanas. Mientras tanto, no hubo conflicto en el que no estuviera implicado, especialmente a la hora de oponerse al grupo de *los catalanes* que, según su opinión, controlaban el Colegio.

El enfrentamiento llegó a ser total cuando, en 1805, fue nombrado Director del Colegio Carlos Francisco Ameller. Aréjula aglutinó en torno suyo a un grupo de descontentos entre los que se encontraban los catedráticos Manuel Padilla, Diego Terreros y el propio Fermín Nadal que debía su nombramiento a los buenos oficios de Ameller.

El Director intentó hacer frente al problema con una serie de disposiciones que regulaban la forma de realizar las visitas del hospital, el uso del uniforme, y la presencia de los catedráticos en las curas que se efectuaban. Sin embargo, los progresos alcanzados fueron mínimos, por lo que tuvo que intervenir la Superior Autoridad del Departamento encargando una información reservada al jefe de escuadra D. Estanislao Juez, quien se manifestó a favor

de Ameller y propuso que quienes se habían enfrentado a él fuera amonestados públicamente, lo que se llevó a cabo en una Junta del Colegio convocada al efecto.

Aréjula fue obligado, además, a acudir diariamente al hospital, de lo que había estado dispensado desde el momento de su nombramiento, hasta que en 1807 fue nombrado superior facultativo de la División del marqués del Socorro, separándolo del Colegio del que llegó a ser Director en 1809, aunque sin ejercicio, pues el cargo de Director efectivo lo mantuvo Ameller hasta 1813.

Su figura suscitó opiniones contradictorias. Algunos llegaron a acusarle de jacobino capaz de perseguir de la forma más despiadada a sus enemigos políticos (18), mientras que para otros fue uno de los más destacados científicos de la época, represaliado por sus ideas liberales y su apoyo a los legisladores de Cádiz.

El deterioro del colegio gaditano discurrió de forma paralela al que experimentaba la nación, para terminar en el estallido de la insurrección contra los franceses y el inicio de una guerra que tan lamentables repercusiones tuvo.

A paliar sus consecuencias contribuyeron los miembros de nuestro Cuerpo, y su actuación será objeto de atención en las próximas conmemoraciones. Mientras tanto es preciso recordar a hombres como el propio Aréjula, considerado héroe en Bailén, o a Pedro León de Velasco, el cirujano del *San Leandro* en Trafalgar, fallecido en Zaragoza en 1808, cuando participaba en la defensa de la ciudad junto a otros compañeros del Cuerpo y fuerzas de la Armada que estuvieron presentes en la gesta de los Sitios.

(18) Así era calificado en una carta de Juan Nicolás Böhl de Faber al médico alemán Nicolaus Heinrich Julius, en 1825, según se cita en CARRILLO, Juan L.

CUADERNOS MONOGRÁFICOS DEL INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

- 1.- I JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
ESPAÑA Y EL ULTRAMAR HISPÁNICO HASTA LA ILUSTRACIÓN
- 2.- II JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
LA MARINA DE LA ILUSTRACIÓN
- 3.- SIMPOSIO HISPANO-BRITÁNICO (Agotado)
LA GRAN ARMADA
- 4.- III JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
LA ESPAÑA MARÍTIMA DEL SIGLO XIX (I)
- 5.- IV JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
LA ESPAÑA MARÍTIMA DEL SIGLO XIX (II)
- 6.- *FERNÁNDEZ DURO* (Agotado)
- 7.- *ANTEQUERA Y BOBADILLA* (Agotado)
- 8.- V JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
LA MARINA ANTE EL 98. ANTECEDENTE DE UN CONFLICTO
- 9.- I JORNADAS DE POLÍTICA MARÍTIMA
LA POLÍTICA MARÍTIMA ESPAÑOLA Y SUS PROBLEMAS ACTUALES
- 10.- *LA REVISTA GENERAL DE MARINA Y SU PROYECCIÓN HISTÓRICA*
- 11.- VI JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
LA MARINA ANTE EL 98. GÉNESIS Y DESARROLLO DEL CONFLICTO
- 12.- *MAQUINISTAS DE LA ARMADA (1850-1990)*
- 13.- I JORNADAS DE HISTORIOGRAFÍA
CASTILLA Y AMÉRICA EN LAS PUBLICACIONES DE LA ARMADA (I)
- 14.- II JORNADAS DE HISTORIOGRAFÍA
CASTILLA Y AMÉRICA EN LAS PUBLICACIONES DE LA ARMADA (II)
- 15.- VII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
POLÍTICA ESPAÑOLA Y POLÍTICA NAVAL TRAS EL DESASTRE (1909-1914)
- 16.- *EL BRIGADIER GONZÁLEZ HONTORIA*
- 17.- VIII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
EL ALMIRANTE LOBO. DIMENSIÓN HUMANA Y PROYECCIÓN HISTÓRICA
- 18.- *EL MUSEO NAVLA EN SU BICENTENARIO, 1992* (Agotado)
- 19.- *EL CASTILLO DE SAN LORENZO DEL PUNTA LA MARINA EN LA HISTORIA DE CÁDIZ*
- 20.- IX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
DESPUÉS DE LA GRAN ARMADA. LA HISTORIA DESCONOCIDA (1588-16...)
- 21.- CICLO DE CONFERENCIAS (Agotado)
LA ESCUELA NAVAL MILITAR EN EL CINCUENTENARIO DE SU TRASLADO
- 22.- CICLO DE CONERENCIAS (Agotado)
MÉNDEZ NÚÑEZ Y SU PROYECCIÓN HISTÓRICA
- 23.- CICLO DE CONFERENCIAS
LA ORDEN DE MALTA, LA MAR Y LA ARMADA ESPAÑOLA
- 24.- XI JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, EL MARINO HISTORIADOR (1765-1844)
- 25.- XII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
DON ANTONIO DE ULLOA, MARINO Y CIENTÍFICO
- 26.- XIII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
ÁLVARO DE MENAÑA. EL PACÍFICO Y SU DIMENSIÓN HISTÓRICA
- 27.- CURSOS DE VERANO DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID (Agotado)
MEDIDAS DE LOS NAVÍOS DE LA JORNADA DE INGLATERRA
- 28.- XIV JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
D. JUAN JOSÉ NAVARRO, MARQUÉS DE LA VICTORIA, EN LA ESPAÑA DE SU TIEMPO
- 29.- XV JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
FERROL EN LA ESTRATEGIA MARÍTIMA DEL SIGLO XIX
- 30.- XVI JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
ASPECTOS NAVALES EN RELACIÓN CON LA CRISIS DE CUBA (1895-1898)
- 31.- CICLO DE CONERENCIAS- MAYO 1998
LA CRISIS ESPAÑOLA DEL 98: ASPECOS NAVALES Y SOCIOLÓGICOS
- 32.- CICLO DE CONFERENCIAS -OCTUBRE 1998
VISIONES DE ULTRAMAR: EL FRACASO DEL 98
- 33.- *LA CARPINTERÍA Y LA INDUSTRIA NAVAL EN EL SIGLO XVIII*
- 34.- XIX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
HOMBRES Y ARMADAS EN EL REINADO DE CARLOS I
- 35.- XX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA (Agotado)
JUAN DE LA COSA
- 36.- *LA ESCUADRA RUSA VENDIDA POR ALEJANDRO I A FERNANDO VII EN 1817*
- 37.- *LA ORDEN DE MALTA, LA MAR Y LA ARMADA*
- 38.- *TRAFALGAR*
- 39.- *LA CASA DE CONTRATACIÓN DE SEVILLA. APROXIMACIÓN A UN CENTENARIO (1503-2003)*
- 40.- *LOS VIRREYES MARINOS DE AL AMÉRICA HISPANA*
- 41.- *ARSENALES Y CONSTRUCCIÓN NAVAL EN EL SIGLO DE LAS ILUSTRACIONES*
- 42.- XXVII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
LA INSTITUCIÓN DEL ALMIRANTAZGO EN ESPAÑA
- 43.- XXVIII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
LA ÚLTIMA PROGRESIÓN DE LAS FRONTERAS HISPANAS EN ULTRAMAR Y SU DEFENSA
- 44.- *LA GUERRA DE LA OREJA DE JENKINS (1739-1748)*
- 45.- *HISTORIA DE LA ARMADA ESPAÑOLA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX: IMPORTACIÓN VER-SOUS FOMENTO (1814-1835)*
- 46.- XXIX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
PIRATERÍA Y CORSO EN LA EDAD MEDIA
- 47.- XXX JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA
ANTECEDENTES BÉLICOS NAVALES DE TRAFALGAR
- 48.- XXXI JORNADS DE HISTORIA MARÍTIMA
EL COMBATE DE TRAFALGAR
- 49.- *CRUCEROS DE COMBATE EN ACCIÓN*
- 50.- *VICENTENARIO DEL FALLECIMIENTO DE CRISTÓBAL COLÓN*

SUSCRIPCIONES:

Para petición de la tarjeta de suscripción:
INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL
Juan de Mena, 1, 1.º -28071 MADRID
Teléf: 91 379 50 50
Fax: 91 379 59 45

NÚMEROS SUELTOS:

Para petición de números sueltos:
La misma dirección que para las suscripciones.
Además, Servicio de Publicaciones de la Armada.
(SPA)
Juan de Mena, 1 -28071 MADRID